

En defensa del error

Kathryn Schulz

«Me enfurece equivocarme cuando sé que tengo razón».

Molière

¿Por qué nos gusta tener razón? Como placer, al fin y al cabo, es de segundo orden como mucho. A diferencia de muchos otros deleites —comer chocolate, surfear, besar— no goza de acceso directo alguno a nuestra bioquímica: a nuestros apetitos, a nuestras glándulas suprarrenales, a nuestro sistema límbico, a nuestro sensible corazón. Y sin embargo el regustillo de tener razón es innegable, universal y (tal vez lo más curioso de todo) casi enteramente indiscriminado. No podemos disfrutar besando a cualquiera, pero podemos estar encantados de tener razón acerca de casi cualquier cosa.

No parece que cuente mucho lo que esté en juego; es más importante apostar sobre qué política exterior se va a seguir que sobre qué caballo va a ganar la carrera, pero somos perfectamente capaces de regodearnos con ambas cosas. Tampoco cuenta de qué va el asunto; nos puede complacer igual identificar correctamente una curruca de corona anaranjada o la orientación sexual de un compañero de trabajo. Y lo que es todavía más extraño, puede gustarnos tener razón incluso acerca de cosas desagradables: por ejemplo, la bajada de la Bolsa, el final de la relación de pareja de un amigo o el hecho de que, por la insistencia de nuestro cónyuge, nos hayamos pasado quince minutos arrastrando la maleta justo en sentido contrario al hotel.

Como la mayoría de las experiencias placenteras, no es posible acertar siempre. A veces somos nosotros los que perdemos la apuesta (o el hotel). Y a veces, también, nos acosa la duda sobre la respuesta o la actuación correctas, una preocupación que a su vez refleja lo apremiante que es el deseo de tener razón. No obstante, en conjunto, nuestra indiscriminada satisfacción por tener razón viene a ser igualada por la sensación, casi tan indiscriminada como ella, de que tenemos razón.

En nuestra imaginación colectiva, el error se asocia no solo con la vergüenza y la estupidez, sino también con la ignorancia, la indolencia, la psicopatología y la degeneración moral. cuando a pesar de todo se produce una equivocación, solemos reaccionar como si no se hubiera producido o como si no debiera producirse: la negamos, nos ponemos en actitud defensiva, hacemos caso omiso de ella, la minimizamos o echamos la culpa a otro.

En tanto que cultura, ni siquiera hemos llegado a dominar la habilidad básica de decir «estaba equivocado». Esto es una deficiencia sorprendente dado lo sencilla que es la frase, lo ubicuo que es el error y el enorme servicio público que puede prestar el reconocerlo.

Lo que se puede decir de nuestras actividades humanas colectivas se puede decir también de nuestras vidas individuales.

Por otra parte, se nos da de maravilla reconocer los errores de los demás. La verdad es que, si tener razón es dulce, señalar que otro está equivocado es —no lo neguemos— lo más salado que hay. Como cualquier científico experto en alimentos puede decirnos, esta combinación de salado y dulce es el más adictivo de los sabores: nunca nos hartamos de revelar los errores de los demás.

Platón pensaba que nuestra alma primordial estaba en armonía con el universo y que no comenzamos a errar hasta que asumimos nuestra forma física actual y olvidamos aquellas verdades cósmicas. El filósofo de la Ilustración John Locke opinaba que el error se filtraba en nuestra vida desde la brecha entre la artificialidad de las palabras y la realidad de las cosas que denominan, desde la distancia entre una esencia indescriptible y la cosa expresable más similar a ella.

El filósofo alemán Martin Heidegger pensaba que podía explicarse por el hecho de que vivimos en el tiempo y el espacio; dado que estamos limitados a un conjunto concreto de coordenadas, no podemos elevarnos por encima de ellas y ver la realidad en su totalidad, a vista de pájaro (o de Dios).

Por distintas que parezcan estas explicaciones, todos estos pensadores y muchos más entendían que el error surge de una brecha: unas veces entre lo particular y lo general, otras entre las palabras y las cosas, otras entre lo presente y lo primigenio, otras entre lo mortal y lo divino, pero en todos los casos y fundamentalmente entre nuestra mente y el resto del mundo.

Si sometemos a examen la sensación de certidumbre que tenemos y el modo en que reaccionamos al error en casos en los que al final estamos objetivamente equivocados, podemos aprender a considerar de otra manera nuestras convicciones en situaciones en las que nadie tendrá nunca la última palabra.

Errar no es solo (aunque a veces lo es) un problema moral. Es también una solución moral: una oportunidad, como dije antes, de replantearnos nuestra relación con nosotros mismos, con otras personas y con el mundo.

Dada esta relevancia para nuestro desarrollo intelectual y emocional, el error no debiera ser un bochorno ni puede ser una aberración. Al contrario. Como observa Benjamin Franklin en la cita que inicia este libro, el error es una ventana abierta a la naturaleza humana normal, a nuestras imaginativas mentes, a nuestras ilimitadas facultades, a nuestras extravagantes almas.

Piensa en el hecho revelador de que el verbo «equivocarse», en sentido literal, no existe en la primera persona del presente de indicativo. En cuanto sabemos que estamos equivocados, ya no lo estamos, puesto que reconocer que una creencia es falsa es dejar de sustentarla.

Reconocer nuestros errores puede ser horroroso, desconcertante, divertido, embarazoso, traumático, placentero o esclarecedor, y puede cambiarle a uno la vida, unas veces para mal y otras para bien. Pero por definición no puede existir una sensación particular asociada sencillamente a estar equivocado. Es más, la razón de que sea posible estar equivocado es precisamente que, mientras dura, uno es ajeno a ello.

En vez de pensar que equivocarse es creer que algo es verdad cuando es objetivamente falso, podríamos definirlo como la experiencia de rechazar como falsa una creencia que nosotros mismos tuvimos antes por verdadera, con independencia de la relación que tenga dicha creencia con la realidad, o de si esa relación puede determinarse alguna vez.

Todos dejamos atrás algunas de nuestras creencias. Todos urdimos teorías solo para encontrarnos con que tenemos que abandonarlas al momento. Nuestros engañosos sentidos, nuestro limitado intelecto, nuestra caprichosa memoria, el velo de las emociones, el tirón de las lealtades, la complejidad del mundo que nos rodea, todo conspira para hacernos entender mal las cosas una y otra vez. Tal vez no te hayas parado nunca a pensar en lo que denomino errorología; tal vez seas lo más alejado de un errorólogo que hay en el mundo pero, te guste o no, eres ya un fabricante de errores. Todos lo somos.